

RESEÑA

REVIEW

Título: *Multitud y distopía. Ensayos sobre la nueva condición étnica en Michoacán.*

Autor: Luis Vázquez León.

Editorial: Universidad Nacional Autónoma de México-Programa Universitario México Nación Multicultural.

Lugar: México

No. de páginas: 320 pp.

Año: 2010



Benito Ramírez Valverde

El libro consta de seis ensayos y una introducción, cuatro de ellos presentados en congresos o conferencias y a pesar de ser preparados para eventos diferentes, están organizados en el libro en forma coherente donde se aborda la nueva condición de única de los indígenas de la meseta tarasca de Michoacán.

El área donde se ubica este pueblo indígena corresponde a la región lacustre y montañosa del centro de Michoacán ocupan aproximadamente una superficie de 10% (6000 km²) del

estado¹, distribuido principalmente en 14 municipios con una población de 143,922 indígenas², para el año 2000.

En este reseña se abordarán algunos de los temas interesantes tratados en el libro y uno de estos temas es la discusión sobre el nombre

¹ monografía: Purépechas - P'urhépecha. Página de la Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas. http://www.cdi.gob.mx/index.php?option=com_content&task=view&id=604&Itemid=62

² LIBRO ELECTRÓNICO: Informe sobre Desarrollo Humano de los Pueblos Indígenas de México 2006 México: CDI-PNUD. Primera edición, 2006, 295 p.

con que se denomina al grupo étnico: Purépechas o tarascos. En esta discusión el autor menciona que habla de "Purepechización" como una acción deliberada de la reindianización, cosa con la que algunos otros intelectuales no estaban de acuerdo.

La misma página oficial de la Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas menciona: "Desde la Conquista y hasta hace unos cuantos años, este pueblo era conocido como tarasco; sin embargo, esta denominación es externa y les fue impuesta por los conquistadores" a lo que el autor contesta basado en su trabajo de campo que el término tarasco es bastante menos denigrante de lo que suponen los intelectuales además que "es de uso común identificarse con el término tarasco, el cual en vez de ser una etiqueta impuesta e incluso el estigma, posee una fuerza simbólica útil para sobrevivir en un ambiente hostil de desigualdad social, donde el orgullo étnico no es fácil de ostentar".

Para los jornaleros indígenas pertenecientes a esta etnia, el idioma representa un mecanismo de defensa contra sus empleadores (mayordomos y enganchadores) no tarascos, ya que podrían comunicarse sin temor a que los entendieran. Además esta situación representa un motivo de orgullo para los jornaleros ya que a diferencia de sus empleadores, ellos

hablaban dos idiomas e incluso tres por aquellos que habían emigrado anteriormente a los Estados Unidos y habían adquirido el conocimiento del inglés. Bajo la situación laboral en que se encuentran los jornaleros el idioma entonces es para ellos "el alma de los débiles" como menciona el autor. Y sobre esto concluye críticamente diciendo que "ser tarasco y hablar purépecha en los campos de trabajo de la pujante agricultura empresarial es bastante más difícil el que hacer pensante de una intelectualidad que vive como clase ociosa" y termina el primer ensayo con "no obstante, hay quienes no se avergüenzan de denominarse tarascos, aunque no tenga la libertad de elegir entre identidades portátiles"

El libro describe ampliamente las características de los jornaleros indígenas se menciona que de los 3 millones de jornaleros que existen en el país el 40% proviene de los pueblos indígenas (la Encuesta Nacional de Empleo 1997 presenta la cifra de 3.4 millones de jornaleros). Para realizar esta actividad indígenas salen de sus comunidades para dirigirse a 23 zonas agrícolas comerciales en donde en algunos casos llegan a constituir hasta el 80% de la mano de obra del mercado de trabajo local.

El autor destaca también la explotación que se hace de la mano de obra infantil y femenil, en

condiciones laborales deplorables. Un elemento más es que los jóvenes y niños indígenas mostraron instrucción primaria inconclusa y un alto nivel de analfabetismo. Se menciona que actualmente se reconoce el derecho a la multiculturalidad de los jornaleros, sin embargo escasamente se habla de sus derechos fundamentales en el trabajo.

Un aspecto alarmante es el racismo que muestran los habitantes locales a los jornaleros migrantes indígenas, donde causa malestar el uso de los espacios públicos e incluso se les llega a catalogar como "un mal necesario". Se les tolera por la necesidad que se tiene de su trabajo.

Para el caso de la información sobre los jornaleros indígenas se cuestiona duramente las encuestas levantadas por el Programa de Atención a Jornaleros Agrícolas, donde menciona que en un periodo (1998-2001) se realizaron encuestas de tipo informal, sin ningún criterio de confiabilidad estadística y posteriormente las encuestas fueron reducidas continuando con la poca aplicación estadística y que estaban en la numérica para estimar la población de jornaleros y específicamente los jornaleros indígenas, lo que contrasta con el interés en determinar objetivamente la cantidad de población indígena en México.

El autor denomina "identidades numeradas" a "aquellas identidades inferidas a partir de los métodos cuantitativos aplicados para manipularlas". En el XII Censo de Población y Vivienda 2000, se encontró solamente 6.3 millones de hablantes de lenguas indígenas, cantidad menor de la esperada. Y finalmente se estimó en 12.7 millones de hablantes indígenas (13.1% de la población total) y entonces el problema es donde se encuentran los 6.4 millones de indígenas faltantes.

Dentro del método de estimación de la población indígena, además del criterio lingüístico, se introdujo en el censo un cuestionario empleado para captar la "pertenencia a un grupo indígena". El resultado muestra que de 6.3 millones de hablantes censales, en la muestra sólo 5.2 millones declararon pertenecer a algún grupo indígena (16% menos que el obtenido bajo el criterio lingüístico), entonces casi 2 millones de personas hablantes de lengua indígena no se consideraron miembros de algún grupo étnico. Por otra parte 1.1 millones se consideraron pertenecientes a un grupo étnico, aunque no hablaban su lengua. Usando estos criterios haciendo los ajustes que consideraron necesarios la cifra quedó en 8.6 millones de personas.

Un detalle más que hace notar el autor sobre las preguntas

autodescriptivas del cuestionario empleado sobre “¿es indígena?” Y la de “¿pertenece a algún grupo indígenas?” presenta similitud con la pregunta “¿es usted de raza judía?”, lo que, según el autor, tiene un claro tufo racista.

Entonces, para muchas instituciones el presupuesto está en función del número de indígenas y de aquí el interés de ellos en incrementar las cifras utilizando medios estimativos muy vagos en lugar de realizar encuestas y metodologías confiables. Sobre este tema el autor concluye que: “las identidades numéricas son el principio de una clasificación envilecida por el abuso de la etnicidad con fines estratégicos”

En política social, el autor destaca la liquidación gradual de la política indigenista y la terminación de la reforma agraria que favorecía a la población indígena. Ligado con lo anterior tenemos al abandono total del campo mexicano por parte del gobierno. En el libro se destaca que con la terminación de la reforma agraria 13 millones de jóvenes menores de 25 años de la población rural nunca tendrían acceso a la tierra

Vázquez aborda los conflictos agrarios, mediante el análisis de las políticas multiculturales actuales en relación a los “pueblos indígenas”, donde se contemplan como si fueran entidades ideales carentes de

conflictos. Y con base en su trabajo de investigación sostiene que en los conflictos entre comunidades indígenas locales la *intelligentsia* indígena ha echado mano del concepto “pueblo originario” para justificar su interés expansionista sobre las tierras vecinas, sin importar que estas tierras pertenezcan a miembros de la misma en el purépecha.

Para terminar esta reseña cerraremos con una frase planteada en el texto:

“hay 2.5 millones de indígenas urbanos que están en situación de reconsiderar su etnicidad a largo plazo, lo mismo que en posición de integrarse, no a un “México profundo” y ni siquiera a un “México diverso”, sino a un México profundamente desigual e injusto”.

Benito Ramírez Valverde
bramirez@colpos.mx